

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo. - D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, deha.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,16 "
Ídem atrasado.....	0,16 "

Pago adelantado.

EN BUSCA DEL ENEMIGO

El ilustrado Presbítero D. Federico González y Plaza, en un artículo que inserta en este mismo periódico con el título de *El enemigo ¿quién es?*, busca al enemigo de la sociedad, en sus diversos órdenes, y ya que encuentra que es el liberalismo, fugata a éste y le acorrala hasta en sus más lejanas trincheras.

Todos estamos conformes en reconocer al liberalismo político como el enemigo social, y con Ud. afirmo, D. Federico, que el obrero, la familia, la enseñanza y la Iglesia, están hoy bajo la tiránica opresión de unas leyes que a los actuales partidos les ha venido bien implantar, para crear el estado servil y fundar las nuevas cadenas que derripió la sangre del Calvario.

En más de una ocasión, y en este mismo periódico, he tenido la honra de tratar lo que usted tan atildadamente defiende, y he procurado velar por los intereses sagrados de la Iglesia, de la familia y del obrero, conviniendo con usted en los mismos principios de sociología cristiana expuestos en su artículo.

Pero a su escrito le conviene una oportuna respuesta, ya que en sentido interrogativo lo empieza.

Dice Ud. que el enemigo de los fundamentos sociales es el liberalismo, y que éste se oculta, cual innoble bandido, entre las leyes del país para herir de muerte a los mismos. Y ¿quién ha dado carta de naturaleza en nuestro suelo a ese fugitivo extranjero? ¿Quién ha consentido que se plante ese pestífero árbol del liberalismo que hoy da los frutos naturales de la maldad, inficionando la pura sangre española?

La eficiencia de los hechos nos responde, y considera a los católicos como verdaderos culpables de que ese enemigo, hoy tan temido, se haya apoderado del campo que queremos reconquistar.

Si, los católicos, unos por negligencia, otros por el deseo de ocupar elevadas posiciones sociales, los cuales sin ponerse a la sombra de ese soberano sin trono no podían ocupar, y otros por malicia, haciendo que la legislación y la política de los Estados se inspirasen en principios racionalistas, han dejado de que al obrero se le someta a una perpetua esclavitud, disgregándole de aquellas asociaciones comunales que le servían de garantía contra los despojos del poderoso, han abandonado a la familia, poniendo a ésta en el penoso trance de la disolución por falta de pan en los hijos, y mucho más han olvidado a la Iglesia y han privado a ésta de los elementos que disponía para defender a los pueblos.

¿Qué conducta se ha seguido por muchos católicos en las elecciones de aquellos que en el Parlamento tenían que hacer una noble gestión legislativa y velar por los intereses más sagrados de España?

¿Qué nos dicen las legislaturas de veintidós años a esta parte?

¿A quién han elegido Diputado esos tímidos católicos de que hablamos, y esos católicos que esperaban del elegido el amparo de sus anchuelos, trapacetas y robos?

¿No ha habido hasta Sacerdotes que han servido a loco tendido a los candidatos liberales, gratuitamente liberales, por codearse con las alevadas personas?

En todas las elecciones han predominado las miras personales, sin ocuparse en la mayoría de los casos de los principios de la justicia y del bien. Luego el liberalismo no es un sistema espontáneo de política, sino una institución creada por aquellos que, sin querer, van en su medio al logro de sus deseos.

De aquí nace ese despojo justificado de candidatos y electores, eminentemente católicos, que no pueden hacer competencia a los primeros porque no saben usar medios perversos para fines más depravados.

Hemos de capturar las causas que derivan los efectos tristes que lamentamos, y si queremos que el liberalismo no triunfe y que ese árbol se seque hasta en sus raíces, nosotros, los católicos, nos tenemos que unir en un solo lazo y extirpar de la legislación rigurosa las leyes inicuas

que le animan, eligiendo a personas de desinterés y de nobles miras. Esto es ir a la raíz; lo demás, es andar por las ramas.

Toda organización formal de los católicos, encaminada a ese sentido, haría que muchos vividores políticos abandonasen los puestos que ocupan en el Parlamento, y fuesen a él personas que miran por el obrero; ese obrero que siempre fué defendido, amparado y protegido de la Iglesia, la cual ve en estos pobres hijos suyos un documento de prueba.

El remedio que esta Santa Madre ha puesto para que en estas circunstancias no perezan esos que Ella no puede salvar, es la asociación, para que no sean pasto del ladrón usurero que les explota, y del poderoso que les esclaviza.

Por eso se justifica la guerra que se hace a toda asociación obrera, creada para los fines de la vida, sindicatos, cajas rurales, de ahorro, etcétera, por esos políticos usureros y ladrones de pequeñas almas, que quisieran sostener al obrero sin protección para llevarlo a su mano cuando las ocasiones de la política lo reclamen. Y cuando los obreros cristianos no hacen caso de esos inicuos prestadores que los sugieren, dan el alto ejemplo que han dado los labradores y obreros de Gamonal, que viendo sus intereses comprometidos se asociaron y recayeron sobre ellos las iras de los usureros de aquella hermosísima región talaverana, a los cuales constataron con la más fría indiferencia.

Pero ese pueblo, que es modelo de honradez, cuyas virtudes cristianas adornan la frente de sus mujeres, supieron dar al enemigo el veneno que merecía, y hoy se inicia en ese laborioso pueblo un período de independencia de que antes no gozaba. Merece mil plácemes y ha merecido las alabanzas de toda persona sensata el pueblo de Gamonal, porque, ante las garras del malvado y criminal usurero, ha sabido iniciar un medio de defensa que la sociología cristiana pone como medio protector de la clase obrera.

Vayamos con las obras al pueblo, fuera de teorías, que hartos estamos de ellas, y cuando el obrero vea que se le ampara, entonces habrá desaparecido el enemigo de la sociedad, que es el liberalismo, formado por políticos usureros y médicos que la matan, y para conseguir ese fin es preciso la unión de católicos, no liberales, sino católicos de sangre pura.

El Párrafo de Ollas del Rey.

TABACO

Meja de colora nacida en la ocasional soledad, a quien la codicia humana da una gloria inmerceda.

Una doran los boticarios la píldora repugnante, tal te adoba el fabricante con propedimientas varias.

Ya eres, habano son, fajá, ya comercio límpido, ya vienes en linda caja, ya en un paquete redondo.

Ladrón cual otro Mercario te entras por menos de un real, en el humilde tugurio y ap el palacio imperial.

Viajas, si yamos de viaje, en los fondos y, café varias el múltiple traje según con quien te las vas.

A oficinas y talleres te vas alegre y bisarro, y entrellenas los quehaceres, diciendo: vaya un cigarro.

Nace el sol y plebe inmensa te siendo respeto como, el fumador con el humo de su cigarro le inclina.

Y cuando en la mar bravía vuelva ya su igneo carro, su adiós fumado le envía, pues va al país del cigarro.

De noche cuenta sus culpas a este en del pensador.

que arde como un pebetero por las almas benditas.

Mas aunque muchos te admira, y haya quienes te masiquen, y Estados que te fabriquen, y quienes tu esencia aspiren; será la harpía encerrada del estanco en las prisiones, veneno de los pulmones, vil pasatiempo, humo y nada.

S. Liso y Estrada.

MALOS TIEMPOS

No ha sido esta vez el retrógrado Brunetiere (que anunció no ha mucho la bancarrota de la ciencia), sino yo yanqui muy progresivo y muy socialista, el que ha puesto en la picota al progreso moderno.

Enrique George—que así se llama—ha estado detenidamente uno de los más arduos problemas que hoy agitan a la sociedad, y ha concluido por decir:—señores progresistas, escuchad, que la cosa es estupenda.—La causa de la miseria y del hambre que hoy padecen la sociedad es... el progreso material conquistado por los pueblos.

Así, con esta valentía, con esta resolución, con esta crueldad, destruye de una plumada la más gloriosa de las conquistas modernas.

Escuchamos las palabras del atrevido pensador, que vale la pena de ser conocidas:

«Nos encontramos ahora con hechos que no dejan la menor duda a una total desconfianza. De todas partes del mundo civilizado llegan manifestaciones de abastecimiento industrial; trabajadores condenados a involuntaria quiebra; capital agotado e inútil; crisis monetaria ante la falta de negocio, escasez, sufrimiento y espanto entre la clase obrera. Hoy adige al mundo la pena mortal, la aguda y cruel angustia que llevan consigo las palabras malos tiempos para las grandes masas. Tal estado de cosas, común a pueblos tan diferentes en situación, en instituciones políticas, en sistemas fiscales y de hacienda, en densidad de población y en organización social, no se puede atribuir a causas locales. Hay crisis terrible en nuestros grandes ejércitos permanentes, pero también las hay donde el ejército permanente es nominal; hay crisis donde tarifas protectoras ocacionan y arruinan el comercio, pero también existen donde el comercio es casi libre; hay crisis bajo el dominio de los Gobiernos autoritarios, pero también donde el poder político está en manos del pueblo por completo. Evidentemente existe una causa común.»

«Hay una causa común; esta es lo que llamamos progreso material.»

A medida que el país realiza las condiciones a que aspira todo pueblo civilizado, la pobreza toma más negro aspecto. Los vagos vienen con las locomotoras. En calles alumbradas por gas y vigiladas por agentes de la policía uniformados, los mendigos acechan al viandante, y a la sombra de los colegios, bibliotecas y museos se congregan ya los hunos y los vandatos mas fieros profetizados por Maccusly. En medio de las mayores acumulaciones de riquezas, hay hombres que mueren de hambre y niños pequeños que chupan seos infundidos; y en todas partes la codicia de ganancia, el culto a la riqueza, muestra la fuerza de la miseria ó el miedo que se la tiene. La tierra prometida huye de nosotros cual espejismo.

«Este consorcio de la pobreza con el progreso es la sententia oscura de nuestros tiempos.»

«¿Qué confesión tan abrumadora! Como una losa de plomo caerá sobre la conciencia de los progresistas. Haber acariciado durante tantos años un ideal, haber sacrificado a este ideal todo lo que constituía el bienestar del pueblo, haberlo echado todo abajo—tradiciones, creencias, leyes, costumbres, moral—haber hecho revoluciones y derramado la sangre del pueblo por salvar una sola cosa: el progreso material, y encontrarse ahora que este ídolo ha venido a tierra, que no sirve para lo único que podría servir, para proporcionar la felicidad social; que la tierra de promisión huye de nosotros cual espejismo... ¡decididamente, este Enrique Geor-

ge es un hombre cruel, cruellísimo a fuerza de sincero. Los progresistas hubieran preferido seguir en el egoísmo antes que dar su brazo a torcer. Está de cantar la palidonia, decir líta y llanamente «me equivoqué», es muy duro para un amante del progreso.

Pero hé aquí una cosa más estupenda todavía.

En el momento de anunciarse la bancarrota del progreso, un pobre reaccionario va a salir a la defensa del progreso material; ¡un reaccionario va a detener el progreso de los ataques de un socialista!

Enrique George lleva razón en parte, y en parte no. George ha calunniado al progreso material.

George lleva razón cuando habla de los efectos, es decir, de la miseria actual, desarrollada precisamente en los pueblos más civilizados (a la moderna); pero no acierta cuando afirma que todo se debe al progreso material.

La miseria no es producida por el progreso material, sino a pesar del progreso material; que no es lo mismo.

El progreso material, en sí, es bueno—lo ois bien—no bueno, no hay que atribuírselo; todo cuanto tiende a mejorar la condición humana, todos los descubrimientos que la inteligencia alcanza, el vapor, la electricidad en todas sus manifestaciones, penetración de las leyes de la naturaleza, conocer sus secretos y sacar de ellos las mayores ventajas para la humanidad. No está en eso el mal; como creó Enrique George el mal está en qué. Habiéndoselos los hombres con el brillo de esos descubrimientos, creyeron en mal hora que únicamente con ellos podían ser felices y derrumbaron los principios de moral en que la sociedad se apoyaba; la causa de la miseria está en que, desligado el hombre del divino Decálogo, rindió culto a la riqueza, y apartada la vista del cielo, se erigió el panperismo y la horrible lucha por la existencia.

No es la locomotora que trae la miseria, ni engendra vagos; es ese pequeño órgano corrompido que algunos hombres llevan en el pecho, ese miserable corazón dominado por la codicia, el que tiraniza a los mortales.

Cuando se dijo: «No hay más paraíso que el de aquí abajo», se hizo de la tierra una casa de fieras; cuando se exclamó: «¡No hay Dios!», quedó el hombre herido de muerte en su inocencia, en su corazón... y ¡hasta en sus costuras!»

No hay que rechazar el progreso material; hay únicamente que apoyar el progreso en la base sólida y divina del divino Decálogo.

Luis León.

DE LAS ASPIRACIONES DEL ALMA HUMANA

BIENA LO VERDADERO, LO BUENO Y LO BELLO

II

La aspiración de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad a lo infinito, es una verdad que todos sentimos, pues palpita y se siente como inoportuno y pinzador acicate en todos los proyectos, en todas las empresas, en todas las instituciones y en todos los dominios de la actividad humana, pudiendo decirse que es el impulso y la vida de la historia.

El afán de la inmensidad ha convertido las grutas y las chozas en grandes edificios, las familias y las tribus en grandes pueblos, la tierra y el mar en grandes redes de comunicaciones internacionales, el vapor y la electricidad en potentes y rápidos motores, la luz y los cristales en armas poderosas para dominar los grandes horizontes de nuestro planeta y los grandes espectáculos del cielo. Y después de tanta grandeza, de tanta amplitud y de tanto espacio, nuestra alma se siente aún estrecha, cobijada y aprisionada, y grita con toda la fuerza de su vocación sublime: «¡Adelante, más adelante, quiero más grandeza, más espacio, más amplitud; necesito que se dilaten, que se borren, que desaparezcan todos los términos de los edificios y las fronteras de las naciones, y las órbitas de los astros y los límites del mundo!» Y es que el alma aspira a la inmensidad, que es lo infinito en la presencia, y la inmensidad sólo se encuentra en Dios.

(Continuará.)